

Esquema de una situación preocupante

JOSE AUMENTE

NADIE podrá negar que nuestra situación política lo menos que podemos es calificarla —para no herir susceptibilidades y ser calificados de catastrofistas— de **preocupante**. Después de la pausa del verano —que el país en masa convierte en un período de evasión, “huyendo a las vacaciones”— nos vamos a encontrar con los mismos problemas, las mismas dificultades y, sobre todo, las mismas **confusiones**, incluso poten-

en consecuencia sean “otros” los que ahora manden. El poder está hoy, absolutamente, en las mismas manos de siempre. No ha habido, evidentemente, **ruptura** alguna.

Se ha comentado repetidamente la **originalidad** de nuestra transición política. Pasar de una **dictadura** a una **democracia**, y hacerlo así, sin traumas, sin rupturas, sin romper nada que sea sustancial al aparato de poder anteriormente vigente, sería efectivamente una obra de

dialécticamente por las verdaderas fuerzas democráticas y populares. Y en este punto habría mucho que hablar y desear. Pero no puede por menos de reconocerse que son concesiones formales, más aparentes que reales, en tanto en cuanto que la **democratización** efectiva de todo el aparato de la Administración y del Estado no tenga lugar. Y en esto, que es lo realmente serio, lo sustancialmente democratizador, no se ha avanzado un solo palmo. A todos los niveles de la vida del país se sigue **funcionando** de la misma forma, incluso con las mismas personas, en demasiados casos. Ni en municipios, ni en Diputaciones, ni en Delegaciones gubernativas provinciales, ni en Fuerzas de Orden Público, ni en el control económico de la empresa pública, etc., se ha modificado nada; en definitiva, todo lo que sea poder efectivo y real permanece intacto. Todo sigue “atado y bien atado”. El verdadero poder está en las mismas manos. ¿De qué sirve el Parlamento, los partidos políticos, las centrales sindicales, la posibilidad de “poder hablar”, sino como un desahogo puramente formalista, casi psicológico,

para hacernos la ilusión de que “estamos ya en la democracia”?

Nadie puede negar la habilidad del presidente Suárez, sus cualidades de manipulador político. Ha sabido pactar, negociar, contemporizar entre intereses creados —poderes reales— y fuerzas políticas de la “oposición democrática”. Ha intentado conciliar lo inconciliable; ha procurado “reformular” y no cambiar, ha sabido “seguir tirando”. Pero la situación llega un momento en que por sus contradicciones se hace insostenible. No se pueden crear expectativas de democratización, cuando después, a la hora de la verdad, vienen los poderes reales, por muy subalternos que sean, a “sabotearlos”. No se puede encender una vela a Dios y otra al Diablo. Llega un momento en que las contradicciones chocan, y hay que decidirse abiertamente por una u otra opción del dilema.

La situación del país, en estas condiciones, aparece disgregada en una serie de planos que entre sí se ignoran, que cada cual marcha por su lado, pero que cada uno interfiere o dificulta el buen curso de los otros. La gravedad del momento re-



Las imágenes televisivas y “americanizadas” de Felipe y Adolfo comienzan a decepcionar a la gente, un poco de vuelta de la aventura democrática.

ciadas por esta fase de “invernadero de verano”, valga la paradoja.

Para intentar acercarnos a esta situación **preocupante** y analizar las causas que la hacen posible, hay que obligadamente referirse a la naturaleza misma del **cambio político** que se está efectuando en España, a la **forma** cómo este cambio político se está llevando a cabo, y a la **clase social** que lo está protagonizando. Ahí está su razón de ser.

Tengamos un mínimo de honradez para reconocer los hechos: la democracia exclusivamente **formal** en que hoy nos encontramos es una concesión desde arriba, “generosamente” pactada, negociada, casi otorgada, y no un cambio conquistado, en el que la “correlación de fuerzas” se haya modificado, y

ingeniería política digna de admirar, si fuera verdad; sería algo así como la cuadratura del círculo. Es decir, algo por naturaleza imposible.

Porque, si nos fijamos bien, ¿qué se ha cambiado? Lo que ha cambiado son aspectos puramente formales: se han legalizado los partidos políticos, las centrales sindicales, la libertad de expresión; se han celebrado elecciones legislativas, se ha elaborado una Constitución, en la que durante muchos meses —y en aras del “consenso”— han estado entretanidos y hasta paralizados los partidos políticos. No se trata de menospreciar estos hechos positivos que, por muy formales que sean, son realmente importantes. Lo que ocurre es que su valor depende de cómo sean utilizados



La población en general participó confiada en las elecciones del 15 de junio.



Alarma y preocupa esta deserción del pueblo, que los poderes "de hecho" están hábilmente utilizando en su favor.

side, a mi modo de ver, en la tremenda disociación que existe entre el nivel de los partidos políticos y el Parlamento, por un lado, con el nivel de los poderes "de hecho"—municipios, diputaciones, órganos gubernativos provinciales, centros de poder económico— por otro. Y entre estos dos niveles, a su vez, con la inmensa mayoría del pueblo, la "mass media" del país, que se mueve y funciona por unos resortes que nada tienen que ver con los anteriores, que va "a su apañío", a ganar más dinero, a "aprovecharse" de lo que sea, a pasarlo lo mejor posible. Es la masa indiferente a los problemas de la política, escéptica ante ésta, y que ha sido muy remodelada psicológicamente por muchos años de estructura mental franquista. Nos encontramos, pues, con una España dividida; una España horizontalmente separada en tres planos, cada uno de los cuales se encuentra en abierta contradicción con los otros:

a) El plano **superestructural** de "las palabras", las "declaraciones" y los "discursos"; el mundo de los "grupos parlamentarios", del "consenso" y de la Constitución. El mundo que sale todos los días en la

prensa, las revistas y, también, aunque menos, en RTVE. Marcha por su cuenta.

b) Otro, el mundo de los poderes "de hecho", que es aquel que efectivamente controla la gestión de los asuntos públicos, el que en última instancia decide sobre éstos, el que manda sobre temas concretos, y que a medida que más desciende a niveles locales o provinciales, más se acentúa su carácter franquista, o al menos autoritario. No suena públicamente, no sale en la prensa, pero en realidad es el que controla efectivamente los poderes ejecutivos concretos. Y, lo que es más grave, boicotea al anterior.

c) Y, por último, el mundo de la población en general, que si bien participó "alegre y confiadamente" en las elecciones del 15 de junio—aunque, eso sí, muy condicionada televisivamente por las imágenes "americanizadas" de Felipe y Adolfo—, hoy se siente un poco de vuelta de aquella aventura ¿democrática? y, hasta en muchos casos, algo decepcionada de la misma.

Para mí, el gran peligro de la hora presente es esta deserción del pueblo, que los poderes "de hecho" están hábilmente utilizando a su fa-

vor. Me alarma y me preocupa esta indiferencia del pueblo, que se sobresalta y se indigna por las alteraciones del orden público, por el terrorismo, los robos, las violaciones, la degradación de la convivencia social, pero que al mismo tiempo rápidamente se olvida, sigue aturdiéndose en el consumo, la diversión o las "vacaciones pagadas", y hasta se le ocurre la monstruosa degradación moral que supone afirmar que "con Franco vivíamos mejor". La degradación moral de nuestra convivencia social es un hecho verdaderamente serio. El egoísmo individualista de los españoles alcanza cotas impresionantes. Bajo más o menos aparentes modales, la "ley de la selva" domina en nuestras relaciones sociales. Cada cual va a sacar el máximo provecho en todas aquellas situaciones que se presenten; y este es el "leitmotiv" que determina su conducta social. Evidentemente que todo ello origina el peor ambiente que puede imaginarse para la instauración de una vida verdaderamente democrática. En cualquier aspecto concreto de la vida del país reina la corrupción, la ilegalidad, la triquiñuela, cuando no el pillaje.

Pienso que es urgente que los partidos políticos tomen conciencia exacta de esta realidad en que nos movemos. Ellos son los únicos que pueden sacarnos de esta situación difícil. Pero para ello es imprescindible que se den cuenta del nivel **superestructural** en que se encuentran; que consigan, primero, la confianza del pueblo, lo **políticen efectivamente**—no sólo lo manipulen con fines electoralistas— para después ir consiguiendo poderes "de hecho" que configuren "de facto" la democracia. Los partidos políticos debieran ser no sólo cauces para la participación política del pueblo, sino vehículos muy cualificados para la educación cívica del mismo. Lo que no pueden, bajo ningún concepto, es convertirse en máquinas que operan para conseguir votos. De seguir así, el peligro de involución autoritaria irá haciéndose cada día más manifiesto; irán creándose las condiciones objetivas que la hagan casi necesaria. Urge, por lo tanto, sanear la vida pública y la convivencia social de los españoles. Y no se trata de una máxima moralizante, sino de una real y auténtica necesidad política. ■